

CONFERENCIAS

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN CONMEMORACIÓN DEL DÉCIMO ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE DON LUIS MORALES OLIVER, PRIMER DIRECTOR Y PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA ESPAÑOLA

Por Francisco Arquero Soria ¹

Eminentísimo Sr. Cardenal ²; Excmos. e Ilmos. señores; señoras y señores:

Dos palabras previas a mi intervención en este acto: la primera, para intentar justificarme ante ustedes por la osadía que supone mi presencia en este lugar, sin

¹ Don Francisco Arquero Soria, discípulo de don Luis Morales Oliver, falleció el día 13 de enero de 1997; y el *curriculum vitae* que se expone a continuación fue redactado de su puño y letra el año 1996, y por ello se reproduce sin modificación alguna.

Historial académico del doctor Francisco Arquero Soria:

TÍTULOS ACADÉMICOS: Bachiller, Maestro de Primera Enseñanza, Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor en Filosofía y Letras (Sección Letras).

EJERCICIO DOCENTE: Profesor, Jefe de Estudios y Secretario General del Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil «Infanta María Teresa»; Profesor de la Escuela Central de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos; Director de la Escuela de Formación Profesional «Capitán Cortés»; Profesor adjunto de «Bibliografía de la Literatura Hispánica» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense.

CARGOS DESEMPEÑADOS: Consejero Nacional de Educación (dos legislaturas); Vicesecretario del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados; Secretario General de la Mutualidad; Secretario General Técnico del Consejo Nacional de Colegios; Diputado Provincial (1964-1969), Presidente de la Comisión de Educación, Cultura, Deportes y Turismo; Miembro de la Junta Nacional de Formación Profesional; Miembro de la Junta Municipal del Distrito de Chamartín; Tesorero y Secretario General del Instituto de Estudios Madrileños, del CSIC; Vicesecretario y Hermano Mayor, de la Hermandad de San Isidoro de DD. y LL. en Filosofía y Letras y en Ciencias; Vicepresidente de la Unión Española de HH. PP. Católicas. Miembro correspondiente de la Academia de Doctores de Cataluña, y Miembro de Número de la Academia de Doctores.

CONDECORACIONES: Encomienda de la Orden de Cisneros; Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio; Víctor de Plata del SEU; Medalla de Plata de la Juventud; Medalla de Oro de la Cruz Roja; Medalla de Plata, Cruz al Mérito de la Guardia Civil.

PUBLICACIONES: *La Virgen de Atocha*, Col. «Temas Madrileños», VIII, 1954, Instituto de Estudios Madrileños (3 eds.); *Virgenes de Madrid*, Col. Plaza de la Villa, 1966, Ed. Santillana; «La Ciudad Escolar Francisco Franco», *Anales IEM*, t. V, 1970; «Visitas reales al Santuario de Atocha», Ciclo de Conferencias sobre «Madrid en el siglo XVII», 1976, Aula de Cultura, Ayuntamiento de Madrid; «Libros, librerías y librerías», Ciclo de Conferencias sobre «Madrid en el siglo XVIII», 1980, Aula de Cultura, Ayuntamiento de Madrid; *Madrid* (vol. II, *Atocha*; vol. IV, *Santo Domingo*), 1976-1980, Ed. Espasa-Calpe; «Educación religiosa y moral en el internado», I Asamblea Nacional de Internados, 1952; contestación al discurso de ingreso en la Academia de Doctores de Madrid del Dr. Sánchez Arjona, 1968, Real Academia de Doctores; «Visión universitaria de las bibliotecas de Madrid», 1.^{as} Jornadas de Bibliografía, 1977, Fundación Universitaria Española; «El Panteón de Hombres Ilustres», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. XXXI, 1992, etc.

² Se refiere al señor Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de España, don Marcelo González Martín, que en unión del Presidente de la Fundación Universitaria Española, don Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, presidió el acto el día 4 de junio de 1992.

mérito alguno para ello, pues me considero el último, en orden de aprovechamiento académico, de los discípulos de don Luis Morales Oliver, el más desaplicado de todos los que han seguido su magisterio, pero, eso sí, me confieso entre los que más le han admirado y querido y a cuyo cariño tan generosamente me correspondió. Perdonad si en algún momento la emoción anuda mi garganta y traiciona mi pobre oratoria, por lo que he optado sin dudarle en traer por escrito algo de lo que yo quisiera decir.

La segunda palabra, y me faltan en el vocabulario de nuestra rica lengua, es para agradecer a quienes han sugerido mi modesto nombre para participar directamente en este acto, para evocar el perfil humano del sabio profesor que fue don Luis. Para Consolación Morales y para Nieves Pardo, mi gratitud infinita, ya que no podía yo aspirar jamás al honor tan grande e inmerecido que se me ha hecho. De todo corazón a ustedes pido perdón por mi atrevimiento, y a Consolación y a Nieves, gracias, gracias y gracias.

He de comenzar por decirles que yo a don Luis le tengo más que admiración, cariño o emocionado recuerdo, le tengo y le he tenido, desde hace muchos años, «devoción». Así como suena: devoción.

Dante escribió de San Francisco de Asís que «su admirable vida mejor en la gloria del cielo que en la tierra se contaría». Yo me atrevo, por la devoción que he dicho tengo a don Luis, que aunque convencido de la verdad del aserto de la *Divina Comedia*, aplicándome al hombre que nos ocupa, debemos intentar contar su admirable vida aquí en la tierra.

Todas las vivencias personales que conservo de él cada vez acrecientan más en mi recuerdo esta devoción. Yo, perdón señor Cardenal, en mi fuero interno ya le he beatificado y hasta canonizado. No exagero. Viene a mi recuerdo, cuando hace unos días, respondiendo a una amable invitación de la Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, pronunciaba una conferencia sobre San Isidro Labrador, nuestro Patrón, y comentaba en la misma cómo San Isidro, siglos antes en que Roma le elevara a los altares, ya había sido santificado por el pueblo devoto, tenía Misa y oficio propio. Para mí es un caso similar, se admite totalmente la comparación entre estos dos humildes siervos de Dios, tan parecidos en sus virtudes personales. Estoy seguro que muchos de los que le conocieron compartirán mi opinión y le rezarán a don Luis para que interceda por nosotros, por esta Fundación que tanto quiso, por esa Universidad a la que tanto sirvió y por esta España a la que tanto amó.

Se conjuntaban en don Luis la bondad, en grado sumo, con la inteligencia. Creo es ésta una buena definición de su personalidad: Morales Oliver era un «hombre bueno» en toda la extensión y profundidad de este adjetivo. Y junto a ello, su vastísima y muy profunda cultura le permitía el lujo de nunca rechazar la invitación para pronunciar una conferencia dirigida lo mismo a universitarios que a trabajadores o a niños, lo que no es tan fácil.

Y dentro de su talante bondadoso, esencialmente generoso y amigable, quiero señalar también su fino sentido del humor, un poco ingenuo si se quiere, pero en cualquier caso representativo de ese sentido, de esa apreciación de las facetas satíricas de la existencia. Recuerdo la anécdota que he oído referir recientemente, cuando en un viaje que hizo a Hispanoamérica en 1946, con el marqués de Lozoya, don Ciríaco Pérez Bustamante y don Eduardo Marquina, cuando sobrevolaban el Caribe alguien sigirió que si de pronto el avión sufriera un accidente y todo funcionara bien, in-

cluso el colocarse los paracaídas y se atrevieran a tirarse, que ya es decir, y el «chisme» funcionase, pero al llegar abajo se encontrasen que allí había tiburones, ¿que pasaría? «No pasaría nada; únicamente que los tiburones saldrían a la superficie del mar y dirían: ¡hay que ver cómo bajan las subsistencias!», me parece que apostilló don Luis.

Era un sentido del humor de una gran ingenuidad, pero también de una gran oportunidad, porque tales chistes brotaban de los hechos en ocasiones concretas y venían al pelo del tema. Y yo creo que esa gracia natural estaba fundada en una enorme modestia.

Pocas veces, por no decir ninguna, he conocido ni tratado a una persona de tan gran sencillez como él, que parecía que no hacía nada, que no daba importancia alguna a su obra. Su amable cortesía con todos: con los alumnos, con los bedeles, en las oficinas de la secretaria de la Facultad, en la calle. Era un placer verle gozar, en el comentario, en la explicación, en la glosa, lo mismo en clase que en los pasillos o en el andén del «metro», admirar su entusiasmo con palabras acariciantes y con movimientos expresivos de manos que parecían acariciar tiernas imágenes ideales del tema que comentaba. ¡Felices las almas que saben escuchar el latido que viene de la vida interior!

No puedo pasar por alto su profunda y viva fe religiosa. Solamente recordar en este aspecto su devoción y fervor carmelitano, de los cuales quedan patentes y buenas pruebas en sus intervenciones literarias y publicaciones. ¿Quién no recuerda su dedicación a nuestra literatura mística, en San Juan de la Cruz, cuyos escritos y doctrina dominaba como el mejor experto?

La doctrina de San Juan de la Cruz, bajo el envoltorio de la más bella poesía que se ha escrito en castellano, fue abriendo nuevos rumbos en sus intuiciones y lo condujo a la doctrina realista y humanísima de Santa Teresa de Jesús, que constituyó otra de las nuevas y apasionadas aficiones de don Luis.

Su culminación carmelitana tuvo lugar cuando el 7 de agosto de 1944 recibía el escapulario de Hermano Terciario Carmelita en el Carmen de Vitoria y el 7 de enero de 1946 hacía la profesión reglamentaria en el convento de la plaza de España de Madrid.

De cómo vivió su entrega a sus hermanos terciarios tengo un recuerdo personal al que luego aludiré, así como su profunda devoción mariana, de la que tantas muestras recibí en nuestro trato y frecuentes conversaciones.

Y paso a enumerar rápidamente algunos de mis recuerdos personales de don Luis, que constituyen, para mí al menos, la mejor semblanza que de él puedo hacer.

Corría el primer trimestre del curso académico 1939-1940, primero después de nuestra Guerra de Liberación; yo estaba matriculado en el primer curso de estudios comunes de la Facultad de Filosofía y Letras, las clases las teníamos por la tarde, compartiendo el viejo caserón de San Bernardo con la Facultad de Derecho, cuyo horario lectivo era por la mañana. La avalancha de alumnos, después de estar cerrada la Facultad tres cursos, puede suponerse era muy grande y fuimos divididos los alumnos del primer curso en cuatro grupos: A, B, C y D, siguiendo el orden alfabético de nuestros apellidos. Yo caí naturalmente en el grupo A, y nuestros profesores, entre otros, fueron don Ángel González Palencia, don Antonio Ballesteros, don Leopoldo Eulogio Palacios, don Enrique Lafuente, etc.

Como es natural, todos teníamos amigos comunes en los distintos grupos y pronto en los pasillos alguien nos habló del profesor de Lengua y Literatura de su

grupo, que era don Luis Morales Oliver, contando las excelencias de sus lecciones, la amenidad de la exposición, el refinado trato con los alumnos, etc., y haciendo «novillos», no recuerdo en qué asignatura, me decidí una tarde a comprobar personalmente aquellas maravillas que mis compañeros de otros grupos referían, pero cuál fue mi sorpresa cuando al llegar al aula donde impartía sus clases el profesor Morales Oliver encontré que estaba totalmente ocupada con anterioridad a la hora de comienzo de la misma, que había ya alumnos sentados en el suelo, en las escaleras del pasillo central y en las de acceso a la cátedra. Busqué un sitio como pude y conocí personalmente en aquel momento a don Luis; quedé atónito de las muestras de su saber y de su maestría explicando la asignatura; aquello era totalmente distinto de lo que yo hasta aquel momento había conocido en las distintas cátedras del Instituto de San Isidro y ahora de la Facultad. El tiempo se pasaba sin sentir y al dar la hora el bedel todos mirábamos el reloj asombrados del rápido paso del espacio lectivo, que nos obligaba a marchar corriendo al nuevo aula, donde nos esperaba la clase de griego, filosofía, historia, etc..., dejando contrariado la clase de aquel profesor, cuyos afortunados alumnos de su grupo me habían descubierto y que literalmente nos embobaba con su cálido verbo y por la manera sugerente de exponer los diferentes temas literarios. Y por ello en cuanto podía eludir la asistencia a otra clase me iba como a una fiesta a la clase de Morales Oliver, en la que como dije el espectáculo era sorprendente en aquellos años, con los alumnos de pie, sentados en la escalera y en el suelo, porque todos los días los «oyentes» espontáneos sobrepasaban con mucho el número de los matriculados.

Como es lógico, ni pude realizar con él pruebas parciales ni finales, pero allí aprendí mucho y allí nació mi profunda admiración por don Luis, a quien afanosamente busqué al realizar el examen de licenciatura para rogarle aceptara ser mi director de tesis doctoral, que hice con el tema «La Virgen de Atocha en la Literatura Española». Me acogió con el cariño y muestras afectuosas que a todos prodigaba y en aquel primer encuentro vis a vis ya me dio el guión del trabajo, que ni siquiera yo me había planteado todavía.

Cinco años, pues ya estaba ejerciendo la docencia y tenía poco tiempo libre, me duró el trabajo de investigación y redacción de la tesis y cuando periódicamente le visitaba para darle cuenta de mi trabajo, era entonces Director de la Biblioteca Nacional y yo no tenía que solicitar la visita, ni pedir hora, sencillamente llegar a su secretaría, anunciarme tímidamente y al momento era recibido; me hacía leer fragmentos del trabajo redactado y me alentaba a continuar, logrando que yo saliese de aquellas entrevistas entusiasmado y dando gracias a Dios por haberme concedido poder llegar a tener un diálogo tan provechoso para mí, en todos los aspectos, con aquella personalidad señera de la cultura española.

Contando yo a la familia de mi futura esposa mi entusiasmo y admiración por la acogida que había encontrado en don Luis, la hermana mayor de mi mujer me descubrió su conocimiento en plena guerra en Madrid de don Luis, cuando asistían a unas «Misas clandestinas», en un piso donde estaban refugiadas unas monjitas en nuestro Madrid de los años 36 al 39, y cómo al final de la Misa se reunían en una especie de círculos de estudio aquella docena de personas para escuchar la piadosa y amena intervención de don Luis Morales Oliver, a quien consideraban como un religioso profeso carmelita. Imaginad su sorpresa cuando finalizada la contienda tuvieron conocimiento de que aquel que imaginaban padre carmelita era un seglar,

casado y con hijos. Ya desde aquellos azarosos años la vocación carmelitana que antes señalaba había nacido en el corazón de don Luis.

Muchos años después, leída y aprobada mi tesis doctoral, coincidiendo con el desempeño del cargo de Diputado provincial de Madrid, don Luis me pidió «un favor», el único en tantos años de frecuente trato: que me informara sobre la solitud de ingreso en la Ciudad Social «Francisco Franco», que la Diputación había construido y que estaba a punto de inaugurarse, de un hermano terciario del grupo del que don Luis era «humilde Presidente de la Orden Tercera seglar del Carmen Descalzo». Excuso decir cómo al momento movilicé toda mi influencia cerca del Presidente de la Diputación, doctor González Bueno, que después de las oportunas consultas me dijo: «Está seleccionado y será llamado muy pronto, y para que me dejes en paz, de los primeros.» Me emociona recordar las palabras de don Luis cuando le comuniqué la grata noticia, que iba a resolver un delicado problema familiar que se le planteaba al interesado, que tanto agradeció el adelanto en saber la buena noticia.

No perdí el contacto con don Luis después del período de elaboración de la tesis doctoral, y en esta casa y en todos cuantos actos tenía noticia iba a intervenir, allí estaba yo en las primeras filas, para no perder ni una palabra ni un gesto de lo que nos iba a decir. No puedo olvidar cómo cautivaba al auditorio, no sólo con sus palabras, sino también con sus gestos; hablaba con los ojos, con las manos; cualquiera que le escuchara quedaba al instante prendido de su oratoria, lo mismo fueran niños alumnos de la escuela primaria, adultos universitarios, personas del mundo laboral...

Cierro los ojos y le veo pronunciando en el Ayuntamiento de Madrid el pregón de Navidad ante un auditorio de alumnos de todas las escuelas municipales, cuando recitaba el conocido villancico:

¡Ay del chiquirritín que ha nacido entre pajas!...

Yo no quitaba ojo a la infantil concurrencia que con un religioso y conmovedor silencio le escuchaba. Igual que cuando pedía, siguiendo una costumbre implantada en el viejo Colegio de los Doctrinos, el de San Ildefonso, de los niños de la lotería, de pedir el ingreso simbólico cada curso de un nuevo alumno, presentaba la petición para que se admitiera a San Ildefonso niño.

Otro recuerdo tengo de la intervención ante un público bien distinto del anterior, cuando en el Ateneo de Madrid hizo la glosa del vuelo del «Plus-Ultra», señalando cómo Carlos V puso en sus columnas el Plus-Ultra como señal de su señorío y de su grandeza en el Nuevo Mundo, que así, como este vuelo España y América, volvieron a vibrar de nuevo, se recobró el viejo espíritu de la Hispanidad, se sintieron unas mismas alas en todas las almas, cuando bajo la mirada de la Virgen de Luján vino a hacer culminar una hazaña de oro posándose un mediodía de un 10 de febrero, con tintineo argentino, sobre un Río de Plata.

Y qué decir de la profunda devoción mariana de don Luis. Estremecidos escuchamos de sus labios a los pocos días del 1.º de noviembre de 1950, fecha de la definición dogmática de la Asunción de Nuestra Señora, en un acto celebrado en el Palacio de la Prensa, nos recitaba el «Mensaje a las Catedrales de España» del padre jesuita y gran poeta Ramón Cue:

Asomado al balcón de la alta torre...

Y de propio intento, quiero dedicar otro recuerdo a la colaboración de don Luis cerca del mundo del trabajo. Su presencia, siempre que fue requerido en el contacto a través de una revista hablada, *Viento de atardecer*, que organizó el Servicio Español del Magisterio, que posteriormente se denominó *Palabras*, dependiente de la Obra Sindical de Educación y Descanso, en las que en innumerables ocasiones, recorriendo los más apartados puntos de la geografía española, don Luis hablaba a los obreros de una factoría, a los hombres del campo, al pueblo en general, y les recordaba la heroicidad del *Quijote*, en Cervantes; la santidad de Teresa de Jesús o los versos de San Juan de la Cruz, junto con la evocación de la reina Isabel la Católica, etc.

Tuve la inmensa suerte de intervenir en dos ocasiones en estas revistas habladas; como «telonero» de las mismas, yo hacía la introducción o presentación del sumario de la revista, y el número final de la misma corría a cargo de don Luis, y veo los rostros emocionados, las manos aplaudiendo, enardecidos aquellos trabajadores manuales, que habían recibido el regalo de las palabras y la presencia de una figura de la talla académica de Morales Oliver, que se había desplazado desde Madrid al mismo lugar de su trabajo cotidiano a sembrar la semilla de sus saberes.

¡Qué bien exponía la devoción de Cervantes a la Virgen a través de toda la obra del *Quijote* y el rezo del Rosario, el Padre Nuestro o el Avemaría!:

Tengo yo el Ave María
clavado en el corazón
y es la estrella que me guía
en este mar de aflicción
al puerto del Alegría.

O cuando hablaba del propio Cervantes en estos actos:

El heroísmo en caliente: Lepanto.
El heroísmo en frío: Argel.

De sus numerosas intervenciones en estos actos de la Obra Sindical, los que mejor recuerdo son sus constantes alusiones a la devoción a la Virgen y su profunda admiración por Cervantes.

Preparando estas líneas he repasado mi archivo de correspondencia, donde guardo como un tesoro en lugar privilegiado las cartas manuscritas y tarjetas de don Luis, llenas de adjetivos afectuosos y exagerados que me ruboriza dar publicidad, así como las dedicatorias de sus publicaciones, las felicitaciones el día de San Francisco y en la Navidad, etc. Por cierto, para corresponder yo a tantas atenciones comencé a felicitarle en el día que yo creía era el de su onomástica, no recuerdo si San Luis rey de Francia, o San Luis Gonzaga, hasta que casualmente descubrí que su patrón era San Luis Beltrán, dominico valenciano, cuya festividad se celebra el 10 de octubre. Pues bien, don Luis tuvo la delicadeza de acusar recibo a mis felicitaciones fuera de tiempo, sin insinuarme que estaba equivocado en la advocación.

Era tal mi deseo de conversar con él, que cuando ya jubilado en la Facultad, nuestros fortuitos encuentros ya no se producían, que hube de recurrir, me confieso ahora públicamente, a buscar un pretexto para visitarle en su casa y seguir adoctrinándome con su palabra siempre docta y afectuosa. Estábamos publicando

en el Instituto de Estudios Madrileños en colaboración con Espasa-Calpe la monumental obra *Madrid*, cuyos fascículos aparecían semanalmente, y acordamos en el Consejo de dirección de la obra enviar ejemplares de la misma a diversas personalidades del mundo literario o histórico, con las que el Instituto mantenía muy directa comunicación. Uno de ellos fue don Luis y aquí viene el secreto del que me acuso en público: yo, anticipándome muchos años en el transcurrir del tiempo y en sus consecuencias, alegué que el servicio de correos no funcionaba correctamente, se podían perder algunos envíos, otros llegarían tarde o deteriorados los sobres, etc., y me «ofrecí» a llevar personalmente a don Luis a su domicilio cada quince o veinte días los fascículos que se iban publicando. Y así seguía mi comunicación directa con él, sin prisas ni agobios. Creo que su hija recordará aquellas mis latosas visitas, que tanto me agradaban y que ya al bajar la escalera de su casa iba pensando en la posible fecha de su repetición. De nuevo yo me atrevería a decir, perdón señor Cardenal, que en aquellas charlas amigables con don Luis se ganaban indulgencias.

Estamos en plena conmemoración de los «Cinco siglos unidos en la Fe» y no podemos olvidar a nuestra reina Isabel de Castilla, a la que dedicó una conferencia don Luis el año 1975 y cuya publicación lleva en su primera página esta conmovedora dedicatoria: «A mis nietos y nietas, para que se embelesen con las virtudes de una reina que supo leer en el libro de lo eterno». ¡Cómo quería don Luis a todos los suyos! Esposa, hijos, nietos..., amigos y colaboradores en las nobles tareas en las que con tanto entusiasmo y sencillez se entregaba.

Perdonadme todos el repaso afectivo y personal que he hecho de mi «devoción» al profesor Morales Oliver, cuyas enseñanzas quedaron para siempre prendidas en muchos corazones de los aquí presentes. Y encomendándonos a él, que supo volar en una sabiduría y bondad tan altas, que tienen que estar muy cerca de lo divino, «sepamos, como nos decía, que en los momentos más graves de cada época del mundo la Providencia, velando, tiene siempre en preparación un santo, y que los santos son los grandes sabios de la humanidad».